LOS MONSTRUOS DEL MONTE ARGENTINO

Por

Fernando Jorge Soto Roland*

Representación realizada con Inteligencia Artificial

Los montes del norte argentino están poblados de monstruos. Regiones aisladas, apenas transitadas por algún que otro puestero. Esos que transcurren sus días en la más absoluta soledad la mayor parte del tiempo, conviviendo con la naturaleza indómita, difícil de recorrer y mucho menos de conocer cabalmente. En esos contextos casi vírgenes, bolsones prístinos en más de un sentido, sobreviven entendiendo y relacionándose con el entorno de un modo muy diferente a nosotros, los bichos de ciudad.

Allí el concepto de realidad es también distinto. Como nosotros, viven “su propia” realidad; y cuando ésta se encuentra con la nuestra sobreviene el asombro, la curiosidad y en ocasiones el prejuicio. Complicado se hace hablar el mismo idioma. Peliagudo conciliar puntos de vista. Aunque ello dependa,

* Profesor en Historia por la Facultad de Humanidades de la UNMdP (Argentina).

claro, del lugar en el que ese choque de cosmovisiones se produzca. El lugar definirá cuál de las dos posturas termine teniendo más peso (aunque sea momentáneamente).

En el ámbito urbano, es más que probable que nuestro ángulo se imponga. Pero en la selva, en lo profundo del monte, la cosa cambia. En cuestión de poco tiempo surgen los cuestionamientos a los parámetros que usamos para entender lo real. El antropocentrismo se tambalea. Se debilita ante la ominosa presencia de la naturaleza indomesticada. Nos desencajamos. El pensamiento premoderno emerge sin demasiada resistencia y la muerte, posible en cada paso, nos arrastra a comulgar con el pensamiento mágico y ese animismo que cargamos desde hace miles de años.

Entonces, asoman los rituales, los rezos, los pedidos de permiso a una naturaleza que nos vuelve insignificantes, aún desplegando toda la tecnología que abrazamos para sentirnos seguros. Es allí cuando esa realidad hace que sintamos —incluso lleguemos a pensar— en la presencia objetiva de los monstruos que nombramos al principio.

Empequeñecidos por la yunga

He visitado esas selvas en algunas ocasiones y en todas ellas tuve que librar una lucha interna por no perder de un plumazo la forma de ver mundo heredada de mi entorno familiar y académico. La formación de cada uno moldea las cosas y por más romántico y aventurero que resulte "*abrir la mente*" ante un universo fantástico, la herencia se impone. La razón termina, al final de la excursión, por explicar aquello que en principio resultaba inexplicable, misterioso, exótico o liminal. Por eso, cuando digo que los montes y selvas del norte de nuestro país están poblados de criaturas imposibles, lo sostengo desde mi propio marco cultural (como no puede ser de otra forma) sin que eso implique un juicio de valor. Como historiador estoy acostumbrado a tratar con los "*Otros*". Inclusive dentro de nuestro contexto cultural nos topamos con la *alteridad*. Las cosas cambian, aún en los escenarios que transitamos a diario.

Por todo lo dicho, siempre me resultó interesante conocer esas *visiones del mundo* tan disímiles a la mía. Interactuar con ellas. Ejercitar la tolerancia y la enriquecedora aceptación de que esos "*Otros Mundos*" son posibles y necesarios.

Parque Nacional Baritú (Salta)

Conozco gente que jura y perjura haber visto monstruos en las yungas y montes nubosos del norte argentino. Les dan nombre diferentes en cada lugar. Claro que, en un universo sin especímenes sobre la mesa de autopsia, las taxonomías se vuelven maleables, fluidas, abiertas a aceptar criaturas que la zoología —o nuestro sentido común— no consentirían bajo ningún aspecto. El ***ucumar*** es uno de ello. Pero también está el ***sachayoj*** (o sachayoc) y los poco conocidos ***runas*** ("*hombres*" en idioma quechua).

Si bien no comparten los mismos espacios geográficos —ya que cada uno parece poseer su propio feudo— sí lo hacen con algunos comportamientos, formas de trasladarse y aspecto físico. A todos se les atribuye una carga ética que suele reducirse a solo mandato: *"Cuida y protege a la Naturaleza porque si no la haces, ellos te castigarán"*. Pagarás la deuda con creces. Un ecologismo que encuentra sus raíces más profundas en sistemas de creencias antiquísimas, en los que la violación de la reciprocidad hombre/entorno tiene sus consecuencias punitivas.

Aproximaciones artísticas: el ucumar, el sachayoj y un runa

La antropomorfización de estas criaturas del monte —de por sí mucho más numerosas que las aquí nombradas— es algo común prácticamente en todo el mundo.

Del **ucumar** ya nos explayamos en dos trabajos previos.[1] En ellos encontraremos decenas de relatos que refieren a esa bestia enquistada en el sentido de realidad del noroeste. Sigue vivo y activo aún hoy día, generando miedo y respeto al mismo tiempo; reconstruyéndose en cada anécdota que circula y lo tiene como protagonista; y a la vez, adquiriendo rasgos y conductas que reflejan los deseos, creencias y temores de sus "investigadores" y creyentes.

Elusivos, tímidos, libidinosos, celosos de su ambiente, violentos (según las versiones) o pacíficos (según otras), estas criaturas peludas, enormes o chiquitas, inmateriales o concretas, no han dejado de complicar los ingresos a la selva. Puesteros, exploradores, aventureros o cazadores saben (aún sin reconocerlo en voz alta) que los monstruos viajan con ellos. Los llevan dentro, sin que exista a la fecha evidencia alguna de sus existencias reales y objetivas. Pero eso no importa. Están y seguirán estando cada vez que la soledad y el aislamiento se impongan

Fernando del Moral, director del Proyecto Juco

Fernando del Moral es salteño, biólogo especializado en el estudio y detección del oso andino. Un explorador de raza. Un conocedor de las yungas del norte argentino, como pocos. Un profesional serio y amante de su trabajo.[2] Pero, por sobre todo, un gran amigo. Su experiencia de campo es vasta, tanto del entorno natural como del social. Su respeto por la Naturaleza es tan fuerte como el que se siente por las comunidades que viven en el monte. Por sus historia, creencias y cosmovisiones. De ahí que a lo largo del

[1] Véase del autor: *Ucumar, ese monstruo peludo del bosque.* Disponible en web: https://factorelblog.com/2016/11/08/ucumar-1/ *Ucumar; una aventura a la caza de turismo criptozoológico.* Disponible en web: https://factorelblog.com/2025/11/07/el-ucumar-de-metan-especie-protegida-una-aventura-a-la-caza-del-turismo-criptozoologico/

[2] Véase el Proyecto Juco sobre el oso andino. Disponible en web: https://www.expedicionjuco.com/

tiempo supo conservar un riquísimo acervo de relatos, provenientes de personas que dicen haber entrado en contacto con *criaturas raras*.[3]

En julio del 2025 tuve la fortuna de compartir con del Moral una breve exploración por las ruinas de la mítica **ciudad colonial de Esteco**, en Salta. En esa oportunidad (y en las reuniones posteriores), Fernando me contó historias que creo merecen ser conservadas por constituir parte del imaginario local.

Y el imaginario es identidad y cultura.

Fernando del Moral explorando la yunga salteña – F. del Moral y el autor en Metán, Salta (julio 2025)

Uno de los seres menos conocidos fuera de su ámbito selvático —y de los cuales no encontré nada en los tratados de folclore que consulté— son los **runas** ("*hombres*" en quechua). Es muy poco lo que se sabe de ellos, pero afortunadamente del Moral supo transmitirme los datos que él recabó sobre las criaturas, al norte del **Parque Nacional Baritú**, en Salta, una región muy aislada, de exuberante vegetación y niebla.

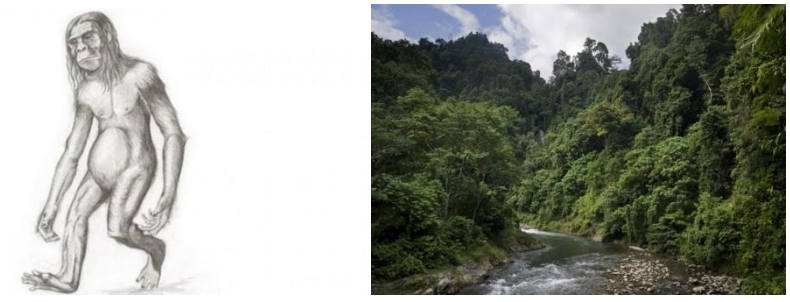
"Los runas son una especie de combinación de hombres con bestias. Como el runa-juco (hombre oso) o el runa-uturunco (hombre jaguar). Ejemplos de hibridación entre especies que son emblemáticas de los pueblos originarios (tantos quechuas, amazónicos o afro-descendientes). Pero respecto de ***los runas o sacha-runas****, como también se les llama, son* ***hombres de la selva u hombres del bosque****. Son entidades pequeñas de los bosques más profundos e infranqueables. En tiempos actuales he encontrado referencias muy supeditadas a áreas de selva nublada, bastante bien conservada en Salta, cerca de los pastizales de neblinas. Éstas son zonas muy y temidas y respetadas por la gente; que tienen sus huacas o zonas sagradas y sus apachetas, que son montículos de piedras que se hacen para pedirle permiso a la Pachamama para pasar por esas zonas. Son regiones que están muy deshabitadas, áreas muy fáciles de perderse. Y en ese tipo de sitios —y con esa cosmovisión— se dice que habitan los runas. Que no siempre se los ve, pero que son una especie de* ***pequeños hombres cubiertos de pelo****. Pequeño homínidos de tamaño mediano —1,40 o*

[3] Del Moral, Fernando y Lameda Camacaro, Fátima, *Representaciones del oso andino en el discurso literario del Noroeste argentino y en un texto discursivo científico*, 2008. Disponible en web: https://www.academia.edu/1248063/Representaciones_del_oso_andino_Tremarctos_ornatus_en_el_discurso_literario_del_Noroeste_Argentino_y_en_un_texto_discursivo_cientifico

1,50 metros de altura— que muchas veces aparecen en la selva y que cuentan con los pies volteados al revés. Algunas de las figuraciones hacen acordar a otros mitos, como la mitología de la Isla de Sumatra en Indonesia, sobre el ***orang pendek*** *(un homínido relicto con semejanzas físicas a los runas) que algunos asocian al* ***Homo Floresiensis*** *encontrado en excavaciones paleoantropológicas. Esos orang pendek, cuentan, podían raptar a niños y mujeres. En nuestro caso, con* ***los runas*** *de Salta, también aparece la cuestión del rapto. Es que habita un área en el que la realidad tangible se mezcla con otras realidades. Áreas llamada huacas. También suelen raptar, como el ucumar, pero sobre todo son* ***guardianes*** *de esas zonas de selvas. Son muy temidos por eso. Hay gente les dicen directamente ucumar. A veces cuando se dan desapariciones en regiones de selva nublada, cuando hay algún accidente, se habla de los runas.*

"Una de las referencias más cercanas de los runas es una entrevista que mantuve hace unos cinco o cuatro años atrás (2021-2022) con un puestero de selva media, hacia el norte de Salta, cerca del río San José. Me comentaba que él tenía un pequeño puesto (puestos estacionales que surgen cuando van a hacer la cura del ganando que crían suelto en el monte) y que un día, cayendo la tarde, habiendo terminado sus tareas y dispuesto a descansar, dice que se apareció desde la selva una mujer de baja estatura, semidesnuda, y que intentó raptarlo. Que se lo quería llevar. Y que los perros lo salvaron porque empezaron a ladrar y no permitieron que se le acercara.

"Lo interesante de todo esto es que todavía contamos con áreas selváticas bien conservadas que mantienen la oralidad de la gente más antigua y todas estas historias, que hacen al universo de esos espacios naturales."[4]



Representación artística de un supuesto Orang Pendek y paisaje de la isla de Sumatra

El otro ser misterioso el norte argentino es el **sachayoj**, un homínido cubierto de líquenes o baba del diablo que suele ser nombrado en las yungas del chaco-santiagueño, especialmente en el **Parque Nacional Copo**.[5]

[4] Testimonio de Fernando del Moral. Archivo del autor.

"El sachayoj es una entidad del mundo quechua pero bien supeditada a las áreas del monte chaqueño. Lo que aquí hay es una cuestión bien interesante para el debate antropológico, que puede tener diversas ramificaciones si uno empieza a tirar de ese hilo. Es que, como sabemos, los quechuas no habitaron como grupo lingüístico las áreas chaqueñas, pero sí hubo un comercio permanente o algunas pocas intromisiones de guerreros quechuas en tiempos del inca. Algunos dicen que también se pudieron haber dado estos contactos —incluso durante la conquista española— con los guaycurúes, guaraníes y otros pueblos del monte. Digo esto porque siempre es llamativo cómo en pleno chaco-santiagueño el idioma quecha (runasimi) pervive junto con algunos mitos que con el tiempo se fueron regionalizando, bien supeditados al área del Chaco semiárido, de Santiago del Estero y áreas aledañas. Por ejemplo, en todo el monte chaqueño-salteño nunca oí hablar del sachayoj y sí escuché mucho de su presencia, sobre todo cuando trabajaba en el Departamento de Copo, en el área del chaco-santiagueño, casi con el límite y puerta de entrada al Impenetrable. Es un zona donde hay todavía, afortunadamente, un área muy grande de bosque chaqueño primario."[6]

Fernando del Moral cuenta que en la selva cercana a la localidad **Pampa de los Guanaco**, en Santiago del Estero, se encontró con un puestero que vivía en un sector muy aislado del **Impenetrable**, que le contó la experiencia que sigue.[7]

*"Un hombre chaqueño llamado Eleuterio, que habitaba en aquellos límites, me refirió que, cuando vivía cerca de la **Reserva Nacional Copo** —cuando estaba en proceso la creación del Parque Nacional— habían construido una picada que delimitaba la reserva con una carretera que estaba apenas consolidada. Esa picada la habían abierto los representantes de lo que se llamaba **Colonización del Chaco**, una iniciativa que encarnaba la clara presencia de un Estado conquistador en ese territorio (construcción de rutas, loteo y posterior compra y venta de tierras). Cerca de esa picada había otra, construida a fines de la década de 1980 o principios de los '90, que se llamaba la **Picada de Olmos**. Parte de esta picada se perdía allá, en el monte, ya que nunca más la habían terminado. Repito, se perdía en un arbustal primario del Chaco con áreas de quebrachales. Era un monte primario, que no había tenido explotación forestal, por lo tanto era muy rico en biodiversidad. Todavía no había sufrido toda la investida que sufrieron otras grandes matrices de monte chaqueño, sobre todo durante el auge de las forestales que continuó después durante las primeras dos presidencias de Perón debido a ese afán por los durmientes, el quebracho y el tanino. En síntesis, se había mantenido allí una matriz interesante en la entrada hacia el Impenetrable. Pero hacia las*

[5] Véase: Colombres, Adolfo, Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1984, pág. 68.

[6] Testimonio de Fernando del Moral. Archivo del autor.

[7] En Argentina se llama **Impenetrable** o **El Impenetrable** a una gran región de bosque nativo de más de 40 000 km² en la llanura chaqueña occidental, al noroeste de la provincia del Chaco. Comprende también una porción de las provincias de Formosa, Salta y Santiago del Estero. Es bordeado por los ríos Teuco y Bermejo y es atravesado por el Bermejito.

***década del ’80 y ’90 del siglo XX**, comenzó haber por parte de YPF una política de prospección petrolífera. De hecho estaban ahí las torres de prospección, sobre la picada Olmos. Abandonadas, discontinuadas, en parte por la falta de inversión que devino con el menemismo. Pero don Eleuterio me contaba que a todo eso se sumaba una situación muy particular y acá entramos en cuestión.*

*“Al menos cuatro cuadrillas de trabajadores que abrían la picada y estaban haciendo ese proceso inicial de exploración para la prospección petrolífera, habían estado trabajando en el campo, levantando pequeños campamentos de ocasión —obradores— mientras se laboraba en la zona durante la temporada y la gente convivía. Había grupos de macheteros, cocineros y obreros especializados. Cada tanto llegaban ingenieros, por el tema de la prospección. La cuestión es que esa primera cuadrilla decía que cuando llegaba la noche, entre lo quebrachales, aparecía **sachayoj**. Una vieja entidad quechua pero muy supeditada a Santiago del Estero, que es una suerte de homínido gigantesco, cubierto de sajasta o barba de viejo, que es un liquen que muchas veces se lo utiliza para prender fuego en el campo, porque es muy bueno como combustible inicial y también se lo utiliza, cuando uno está perdido en el monte, como una suerte de brújula, en el sentido que, acá en el hemisferio sur, por el tema de los vientos y la humedad, generalmente cuando está a campo descubierto este liquen crece en dirección norte-sur dando, más o menos, un indicio de ubicación. El tema es que **sachayoj** aparee cubierto de estos líquenes, colgando de sus brazos y piernas. Es una entidad muy vinculada al monte virgen, que castiga a los cazadores. A veces los confunde con voces o vocalizaciones de animales. Los hace extraviar en el chaco y finalmente, a veces, les acarrea la desgracia de encontrar la muerte en pleno monte. Un monte con serpientes venenosas, como las cascabeles, inclusive un monte agreste, crudo, con falta de agua. Las posibilidades de morir por deshidratación son y eran bastante plausibles. El hecho es que **sachayoc se les aparecía durante la noche**. Les batía el campamento —obviamente esta gente se asustaba— y después los aporreaba. Dicen que les arrojaba palos, piedras o a veces los agarraba de los pies sin darles posibilidades de escapar y ahí lo aporreaba con algún palo. Esto sucedió con varias cuadrillas. Decían que espantaba mucho y se retiraban. Pasados uno o dos meses venia una nueva cuadrilla y volvía a ocurrir lo mismo. El hecho es que finalmente la picada se terminó abandonando y están todavía las torres de prospección de YPF de aquel entonces; ahí, cerca de la Picada Olmos, como testimonio todavía vivo de sachayoj, de ese monte chaqueño prístino y de todas esas vivencias y cosmogonías que todavía perviven.*

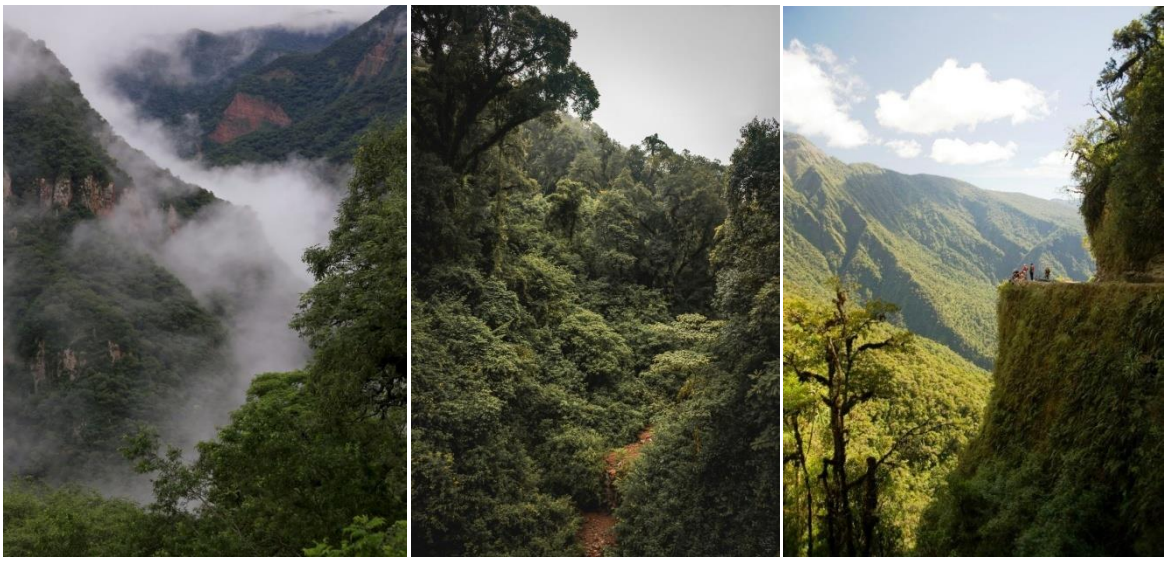
“Hay que tener en cuenta que en el monte chaqueño hay muchos puntos de contacto con otras cosmovisiones, como la del chaco-paraguayo, que tienen a sus entidades protectoras. Esas que, siempre y cuando uno les pida permiso para entrar al monte, pueden ser benevolentes, si no se es un cazador ambicioso y sí un respetuoso del monte.

“Don Eleuterio contaba estas historias sobre la torres. Todavía a principios del 2000 daban cuenta del sachayoj. Igual en toda la parte norte de Santiago del Estero y del Departamento Copo hay toponimias.

De hecho hay un paraje que se llama Sachayoj, atravesado por un canal de riego que se llama Canal de Dios. Hay una que otra chacarera santiagueña que lo menciona. Y como anécdota final al respecto, en una de esas prospecciones de biodiversidad que estuvimos haciendo en algún momento, recuerdo que una noche en el campamento encontramos cierto revoltijo en las mochilas y demás cuestiones. Claro que podría haber sido un animal o una persona, pero estábamos bastante alejados de puestos, de gente y demás. Nos acordamos de todas esas historias de sachayoj. Por eso, cada tanto, solíamos hacer un convite a la tierra y el monte para ingresar en estas áreas, que aún están bastante bien conservadas. Con quebrachos que tiene un dosel de 25 metros de altura. Un monte maduro, hermoso y arbustales que es imposible cruzarlos. Un monte bravo sin indicios de ocupación antigua alguna".[8]

El viejo y famoso **ucumar** no está solo. Es que, detrás de cada sonido, ruido o grito indefinido; detrás de cada sombra, movimiento extraño, olor irreconocible o huella incierta, **las criaturas del monte** cobran forma en los relatos de paisanos y puesteros, patrulleros de Gendarmería y bagayeros, con una fuerza que solo la yunga le imprime a los recuerdos.

Miles de pareidolias (visuales y auditivas) se convierten en los catalizadores de creencias, inspiradas por el contexto salvaje de la yunga; instando a descubrir y contactar con aquello que muy pocos vieron, respetándolo, temiéndole, pero siempre considerándolo como una parte de la realidad. Es que en esa operación, en esa búsqueda de la originalidad más extrema, en ese deseo por contar experiencias insólitas y ser escuchados, todos contribuyen a recrear las condiciones para que los monstruos cobren la materialidad necesaria para seguir encantando el mundo.



Escenarios que sirven de soportes para escribir la "Otra Historia", la del imaginario

[8] Testimoni de Fernando del Moral. Archivo del autor.

Hay “Otra Historia”. Es la que cuenta la gente. Una historia, por lo general, oral, imprecisa, imposible de comprobar, de credibilidad incierta. Una historia poblada de duendes, seres sobrenaturales y bestias imposibles. Personajes liminales, mal definidos, que transcurren por el borde mismo de la realidad que creemos conocer. Criaturas que solo adquieren materialidad en las narraciones, gracias a los detallados introitos que brindan sus eventuales testigos. Relatos en los que se suelen dedicar mucho tiempo a las toponimias conocidas, a las condiciones del clima y las descripciones del paisaje y de todo aquello susceptible de ser descripto para crear el marco necesario de verosimilitud. En pocas palabras, son historias largas cuyo núcleo principal —el misterio— es ínfimo. Apenas unos pocos segundos o frases, dentro de cuentos que pueden tener horas de duración.

El **ucumar**, los **runas** y el **sachayoj** son los protagonistas de un universo onírico tan poco fiable como muchos otros cuentos del pasado, en los que la imaginación, los falsos recuerdos y la falta de evidencias juegan un papel esencial; siendo la principal materia prima de las identidades regionales.

Son historias que no deberíamos dejar morir. No solo por el mensaje de preservación y protección de la Naturaleza, sino también por ser parte del patrimonio intangible de comunidades que pugnan por sobrevivir frente a la gris cotidianeidad de sus horas más profanas.

Buenos Aires, febrero 2026